

LA VISITA DE LA MUERTE

Cuando la muerte llama en la puerta de nuestra casa toda la familia se hecha a temblar. Es una de las visitas más desagradables y tristes. Nos deja frecuentemente sin palabras y se quiebra no poco nuestra esperanza. Comprendemos la situación.

Creo que **Jacques-Bénigne Lignel Bossuet** (1627 – 1704), destacado clérigo, predicador e intelectual francés, acertó cuando dijo: *“Los mortales se preocupan tanto de sepultar el pensamiento de la muerte como de enterrar a sus propios muertos”*.

Pero la verdad es que la muerte ha llamado a la puerta del hogar y tenemos que responder. No tenemos elección. Con más razón si somos cristianos.

A mí me parece que es preciso pensar con frecuencia en la muerte, si queremos tener siempre la medida exacta de las cosas. Es prudente prevenir con tiempo esta visita y mirarla de frente. La muerte es nuestro último deber; merece que la dediquemos un tiempo para recibirla lo mejor posible.

El Papa Francisco, en su Exhortación Apostólica *Amoris laetitia*, nn.253 – 258, nos ayuda a recibir la visita de la muerte con madurez y esperanza. Estas son sus palabras:

1 – Cuando la muerte visita a la familia

“A veces la vida familiar se ve desafiada por la muerte de un ser querido. No podemos dejar de ofrecer la luz de la fe para acompañar a las familias que sufren en esos momentos. Abandonar a una familia cuando la lastima una muerte sería una falta de misericordia, perder una oportunidad pastoral, y esa actitud puede cerrarnos las puertas para cualquier otra acción evangelizadora”.

2 – La angustia ante la muerte

“Comprendo la angustia de quien ha perdido una persona muy amada, un cónyuge con quien ha compartido tantas cosas. Jesús mismo se conmovió y se echó a llorar en el velatorio de un amigo (cf. Jn 11,33.35). ¿Y cómo no comprender el lamento de quien ha perdido un hijo? Porque «es como si se detuviese el tiempo: se abre un abismo que traga el pasado y también el futuro [...] Y a veces se llega incluso a culpar a Dios. Cuánta gente —los comprendo— se enfada con Dios». «La viudez es una experiencia particularmente difícil [...] Algunos, cuando les toca vivir esta experiencia, muestran que saben volcar sus energías todavía con más entrega en los hijos y los nietos, y encuentran en esta experiencia de amor una nueva misión educativa [...] A quienes no cuentan con la presencia de familiares a los que dedicarse y de los cuales recibir afecto y cercanía, la comunidad cristiana debe sostenerlos con particular atención y disponibilidad, sobre todo si se encuentran en condiciones de indigencia».

3 – El duelo por los difuntos

“En general, el duelo por los difuntos puede llevar bastante tiempo, y cuando un pastor quiere acompañar ese proceso, tiene que adaptarse a las necesidades de cada una de sus etapas. Todo el proceso está surcado por preguntas, sobre las causas de la muerte, sobre lo que se podría haber hecho, sobre lo que vive una persona en el momento previo a la muerte. Con un camino sincero y paciente de

oración y de liberación interior, vuelve la paz. En algún momento del duelo hay que ayudar a descubrir que quienes hemos perdido un ser querido todavía tenemos una misión que cumplir, y que no nos hace bien querer prolongar el sufrimiento, como si eso fuera un homenaje. La persona amada no necesita nuestro sufrimiento ni le resulta halagador que arruinemos nuestras vidas. Tampoco es la mejor expresión de amor recordarla y nombrarla a cada rato, porque es estar pendientes de un pasado que ya no existe, en lugar de amar a ese ser real que ahora está en el más allá. Su presencia física ya no es posible, pero si la muerte es algo potente, «es fuerte el amor como la muerte» (Ct 8,6). El amor tiene una intuición que le permite escuchar sin sonidos y ver en lo invisible. Eso no es imaginar al ser querido tal como era, sino poder aceptarlo transformado, como es ahora. Jesús resucitado, cuando su amiga María quiso abrazarlo con fuerza, le pidió que no lo tocara (cf. Jn 20,17), para llevarla a un encuentro diferente”.

4 – La resurrección de los muertos

“Nos consuela saber que no existe la destrucción completa de los que mueren, y la fe nos asegura que el Resucitado nunca nos abandonará. Así podemos impedir que la muerte «envenene nuestra vida, que haga vanos nuestros afectos, que nos haga caer en el vacío más oscuro». La Biblia habla de un Dios que nos creó por amor, y que nos ha hecho de tal manera que nuestra vida no termina con la muerte (cf. Sb 3,2-3). San Pablo se refiere a un encuentro con Cristo inmediatamente después de la muerte: «Deseo partir para estar con Cristo» (Flp 1,23). Con él, después de la muerte nos espera «lo que Dios ha preparado para los que lo aman» (1 Co 2,9). El prefacio de la Liturgia de los difuntos expresa bellamente: «Aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad. Porque la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma». Porque «nuestros seres queridos no han desaparecido en la oscuridad de la nada: la esperanza nos asegura que ellos están en las manos buenas y fuertes de Dios».

5 – La oración por los difuntos

“Una manera de comunicarnos con los seres queridos que murieron es orar por ellos. Dice la Biblia que «rogar por los difuntos» es «santo y piadoso» (2 M 12,44-45). Orar por ellos «puede no solamente ayudarles, sino también hacer eficaz su intercesión en nuestro favor». El Apocalipsis presenta a los mártires intercediendo por los que sufren la injusticia en la tierra (cf. Ap 6,9-11), solidarios con este mundo en camino. Algunos santos, antes de morir, consolaban a sus seres queridos prometiéndoles que estarían cerca ayudándoles. Santa Teresa de Lisieux sentía el deseo de seguir haciendo el bien desde el cielo. Santo Domingo afirmaba que «sería más útil después de muerto [...] Más poderoso en obtener gracias». Son lazos de amor porque «la unión de los miembros de la Iglesia peregrina con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo de ninguna manera se interrumpe [...] Se refuerza con la comunicación de los bienes espirituales».

6 – La preparación de la muerte

“Si aceptamos la muerte podemos prepararnos para ella. El camino es crecer en el amor hacia los que caminan con nosotros, hasta el día en que «ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor» (Ap 21,4). De ese modo, también nos prepararemos para reencontrar a los seres queridos que murieron. Así como Jesús entregó el hijo que había muerto a su madre (cf. Lc 7,15), lo mismo hará con nosotros. No desgastemos energías quedándonos años y años en el pasado. Mientras mejor vivamos en esta tierra, más felicidad podremos compartir con los seres queridos en el cielo. Mientras más logremos madurar y crecer, más cosas lindas podremos llevarles para el banquete celestial”.

Hasta aquí las palabras del Papa Francisco.

No estaría de más releerlas y ofrecérselas a familiares que estén pasando momentos difíciles por esta visita inesperada.

René Bazin, (1853 – 1932), profesor de derecho y miembro de la Academia Francesa, escribió: *“No tengáis miedo a la muerte, porque sólo es un paso por un desfiladero angosto, oscuro, pero que se abre sobre la llanura de la luz”.*

Procuremos tener la fe a punto para que pueda vencer siempre la esperanza. Nunca se ha oído decir a nadie que, en el lecho de la agonía, se haya arrepentido de ser cristiano. Es verdad. La fe cristiana es una suerte que alegra nuestra vida incluso en los momentos más difíciles como el que padecemos cuando la muerte llama a la puerta de nuestra casa.

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 3 de diciembre de 2018